

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA

**FACULTAD DE GEOGRAFÍA E HISTORIA
DEPARTAMENTO DE HISTORIA DEL ARTE-BELLAS ARTES**

TESIS DOCTORAL

**LA NAVETA Y EL
BARCO SIMBÓLICO**

**UN VIAJE DESDE LOS ORÍGENES
HASTA EL FIN DE LA EDAD MEDIA**

Autora:
María Victoria Álvarez Fernaud

Director:
Prof. Dr. Manuel Pérez Hernández

SALAMANCA, 2015

ÍNDICE

| | |
|--|----------|
| <i>Introducción. Presentación de contenidos, estado de la cuestión y metodología</i> | <i>1</i> |
|--|----------|

| | |
|---|-----------|
| <i>BLOQUE I. La nave simbólica, espiritual y mágica, desde el Antiguo Egipto hasta la literatura medieval</i> | <i>11</i> |
|---|-----------|

| | |
|---|-----------|
| Capítulo I. El simbolismo de la nave en el Antiguo Egipto. Naves de dioses y difuntos, viajes al Más Allá y travesía del Sol a través de las tinieblas | 12 |
|---|-----------|

| | |
|---|----|
| I.I. Introducción. Egipto, el dios Nilo y la Nave | 12 |
| I.II. La Barca del dios Ra o Barca Solar | 24 |
| I.III. La Barca del Día y la Barca de la Noche | 28 |
| I.IV. La Inmortalidad. El difunto se embarca en la nave del dios Ra | 31 |
| I.V. La integración del difunto entre el cortejo de la Barca Solar | 35 |
| I.VI. El recorrido del Sol. Escenario y personajes | 41 |
| I.VII. Función de las barcas sagradas | 54 |
| I.VIII. El Barquero | 63 |
| I.IX. Las Naves de otros dioses | 65 |

| | |
|---|-----------|
| Capítulo II. El simbolismo de la nave en Grecia y Roma | 78 |
|---|-----------|

| | |
|---|-----|
| II.I. Introducción: Grecia y la Nave del Sol | 78 |
| II.II. Las naves en la mitología. Naves mágicas, naves de dioses y héroes | 82 |
| II.III. La Navegación a Islas Maravillosas. El Más Allá en la religión, la Navegación al Hades, las Aguas Subterráneas y Caronte | 100 |
| II.IV. Los dioses protectores de la navegación | 112 |
| II.V. Relatos de navegaciones y su interpretación simbólica | 115 |
| II.VI. Metáforas náuticas en la literatura grecolatina: la Nave de la Vida y la Nave del Estado | 155 |

| | |
|--|------------|
| Capítulo III. El simbolismo de la nave desde el Cristianismo Primitivo hasta la Baja Edad Media | 172 |
|--|------------|

| | |
|--|-----|
| III.I. Introducción y Presentación de Contenidos | 172 |
| III.II. Breve descripción del contexto histórico | 181 |
| III.III. Sobre los símbolos en la Iglesia primitiva y medieval | 185 |
| III.IV. Los nombres de la Nave de la Iglesia | 187 |
| III.V. La Nave de la Iglesia comienza a navegar... Punto de partida en los pasajes bíblicos | 190 |
| III.VI. Viejas Ideas y Formas Nuevas. Paganismo y cristianismo | 193 |
| III.VII. El Arca de Noé | 205 |

| | |
|---|-----|
| III.VIII. La Nave de Cristo | 217 |
| III.IX. La Nave de Pedro | 222 |
| III.X. La Nave de la Virgen | 229 |
| III.XI. La Travesía de la Nave de la Iglesia y los peligros del mar | 232 |
| III.XII. Estructura y materiales de la Nave de la Iglesia | 248 |
| III.XIII. Los Guiadores de la Nave y su Timonel | 266 |
| III.XIV. Cristo Timonel | 277 |
| III.XV. Dios Timonel | 282 |
| III.XVI. El soplo del Espíritu Santo | 284 |
| III.XVII. La tripulación, miembros, oficios y jerarquía | 285 |
| III.XVIII. Otros aspectos de la metáfora náutica cristiana: la Nave del Alma, la Nave del Corazón, la Nave de la Vida y la Nave del Intelecto, la Nave del Mundo y la Nave del Hombre | 293 |
| III.XIX. La Nave de la Salvación se dirige a su meta: El Destino de la Nave de la Iglesia y de la Nave del Alma | 313 |

Capítulo IV. La nave mágica y las navegaciones fantásticas en la literatura de la Edad Media europea **321**

| | |
|---|-----|
| IV.I. Introducción | 321 |
| IV.II. Relatos celtas con naves mágicas | 324 |
| IV.III. Otras naves fantásticas en los relatos medievales: Las naves del aire o naves voladoras | 336 |
| IV.IV. La creencia celta en el Más Allá, los <i>immrama</i> y otras navegaciones iniciáticas | 339 |
| IV.V. La Nave de la Vida y dos poemas medievales sobre el exilio en el mar | 370 |
| IV.VI. La Nave a la Deriva | 374 |
| IV.VII. La Materia de Bretaña. Naves mágicas y simbólicas en la literatura artúrica | 386 |
| IV.VIII. Naves y Cisnes | 434 |
| IV.IX. Arturo. El viaje del herido hacia la isla de Avalon, y otras naves funerarias | 445 |
| IV.X. Naves mágicas y travesías fantásticas en la literatura medieval castellana | 451 |
| IV.XI. Naves de cristal, piedra y metales preciosos, y naves sobre ruedas en la literatura medieval | 461 |

BLOQUE II. Historia de la naveta: barcos diminutos en el arte y la literatura, desde el Antiguo Egipto hasta la Baja Edad Media _____ **506**

Capítulo V. Navetas de Mesopotamia y Egipto, y teorías sobre la “Naveta de la Alianza” en el arte judío _____ **507**

| | | |
|--|-------|-----|
| V.I. Mesopotamia: navetas y naves de dioses, el Dios-Barco, festivales y barcas rituales, la Epopeya de Gilgamesh y el Diluvio Universal | _____ | 507 |
| V.II. Naves en miniatura y naves procesionales en el Antiguo Egipto | _____ | 531 |
| V.III. La nave simbólica en la religión judía. El Arca de la Alianza ¿una naveta portátil? | _____ | 572 |

Capítulo VI. Navetas y naves procesionales de Grecia y Roma y otras civilizaciones del Mediterráneo antes de la Era Cristiana _____ **585**

| | | |
|---|-------|-----|
| VI.I. Navetas griegas | _____ | 585 |
| VI.II. Navetas elaboradas antes de Cristo en la península itálica y Cerdeña: navetas villanovianas, etruscas, sardas y romanas | _____ | 629 |
| VI.III. Festivales con barcas de procesión en Grecia y Roma a.C. | _____ | 645 |

Capítulo VII. Primeras navetas de la Era Cristiana en tierras del Imperio romano.

| | | |
|--|-------|------------|
| Navetas bizantinas | _____ | 655 |
| VII.I. Navetas paganas de origen romano | _____ | 655 |
| VII.II. Navetas-incensario del siglo IV d.C. | _____ | 683 |
| VII.III. Navetas de vajilla de origen romano | _____ | 686 |
| VII.IV. Navetas de banquete en la literatura de la época | _____ | 695 |
| VII.V. Primeras navetas de inspiración cristiana | _____ | 698 |
| VII.VI. Navecillas-dragón con función de lámpara | _____ | 699 |
| VII.VII. Paulus Silentarius, las navetas de Santa Sofía de Constantinopla y otras navetas bizantinas | _____ | 704 |

Capítulo VIII. Navetas sasánidas e islámicas _____ **727**

| | | |
|--|-------|-----|
| VIII.I. Navetas fatimíes, sasánidas e islámicas: Rekāb, Kāshti y Kashkul | _____ | 727 |
| VIII.II. Navetas en minaretes y cúpulas | _____ | 786 |
| VIII.III. La tecnología y las navetas | _____ | 788 |

Capítulo IX. Navetas del Lejano Oriente, navetas de China, Japón y Corea _____ **795**

| | | |
|--|-------|-----|
| IX.I. Naves mágicas y simbólicas en mitos y leyendas | _____ | 795 |
| IX.II. Las navetas | _____ | 803 |

| | |
|--|-------------|
| Capítulo X. Navetas de India y otros países del sur de Asia | 853 |
| X.I. La nave simbólica en el sudeste asiático | 854 |
| X.II. Las navetas | 882 |
| Capítulo XI. Navetas de antiguos pueblos germánicos, navetas celtas, escandinavas y rusas. Navetas de la Europa medieval hasta el siglo XII | 936 |
| XI.I. La imagen de la nave en rocas escandinavas de la Edad de Bronce | 946 |
| XI.II. Navetas en antiguos pueblos de Europa | 956 |
| XI.III. Simbolismo del barco y navetas en el período vikingo y la Escandinavia medieval | 998 |
| XI.IV. Navetas en tierras escandinavas y rusas en la Edad Vikinga y medieval | 1021 |
| Capítulo XII. Navetas en Europa de los siglos XIII, XIV y XV | 1089 |
| XII.I. Introducción y terminología | 1089 |
| XII.II. Naves diminutas en la mano de dioses, Alegorías y santos | 1098 |
| XII.III. Navetas eclesiásticas: navetas-exvoto, navetas de incienso y navetas- relicario | 1101 |
| XII.IV. Navetas de palacio: navetas de banquete y regalos de prestigio en rituales cortesanos | 1151 |
| XII.IV.1. Función de las Naves de Palacio | 1170 |
| XII.IV.2. La Nave y sus Formas | 1232 |
| XII.V. Navetas en la España medieval | 1317 |
| <i>A modo de conclusión</i> | 1353 |
| <i>Anexo I. Las navetas en el arte y la literatura después del siglo XV</i> | 1368 |
| <i>Anexo II. Navetas de América y Oceanía. Navetas en el arte primitivo asiático</i> | 1396 |
| <i>Lista de Abreviaturas</i> | 1408 |
| <i>Bibliografía y manuscritos</i> | 1493 |

La naveta y el barco simbólico.

Un viaje desde los orígenes hasta el fin de la Edad Media

Por María Victoria Álvarez Fernaud

Introducción

Hoy en día se conoce como “naveta”, aparte del monumento megalítico balear con forma de barco invertido, de la Edad de Bronce, un tipo de recipiente que se utiliza en la liturgia para guardar el incienso que es quemado en el incensario y que, generalmente, tiene la forma de una barca en miniatura. Este tipo de objetos tuvieron éxito en época medieval, llegando a ser un objeto codiciado, de formas fantasiosas y complejas.

Esta investigación arrancó el día que conocí la naveta que se conserva en la Capilla del Condestable de la Catedral de Burgos, un recipiente de incienso de finales del siglo XV que me fascinó por la manera en la que sus formas, bellas, góticas, complejas, con sus calados y tracerías, replicaban en miniatura los detalles de embarcaciones de la época, en una intrigante combinación de realismo y fantasía.

Pocas navetas medievales han llegado hasta nosotros, pero cada una de ellas ejerce la misma fascinación que la naveta de Burgos, una fascinación que tiene que ver con ese estilo delicado y fantasioso con el que los orfebres daban forma a una idea. Las navetas medievales encierran en sus formas intrincadas un mensaje espiritual lleno de misterio.

Por ello, porque era importante descubrir qué mensaje había detrás de estos barcos diminutos que servían a la Iglesia, ya no se trataba sólo de buscar y analizar las navetas más representativas, sino sobre todo de explicar el por qué de su forma, descifrar su contenido, rastrear su pasado hasta llegar a sus orígenes.

Me sentí animada en mi búsqueda cuando supe que la nave de orfebrería no sólo había sido un objeto litúrgico sino también una pieza importante en tesoros de reyes y príncipes que incluso presidía sus mesas en ceremonias

importantes y se entregaba en intercambios de regalos como si, además del valor de sus materiales, brillara también por algún significado oculto, una luz propia y antigua, un alma que existía mucho antes que el objeto y daba sentido y vida a su forma.

Así fue cómo la historia de este trabajo comenzó en el estudio de la nave de orfebrería medieval en sus dos vertientes, religiosa y profana, y como resultado de aquella primera fase de la investigación escribí mi trabajo de grado, *La Nave de orfebrería en los siglos XIV y XV: fuentes documentales*¹. Tras presentar este trabajo decidí contar la historia del objeto desde el principio. Esto supuso retrotraerse a las primeras civilizaciones, donde la naveta era un objeto central en rituales, procesiones, contextos funerarios y también domésticos, y poco a poco fui llenando las lagunas de estos largos periodos de tiempo, siempre impulsada por la idea de que la historia de la naveta, y por supuesto la historia de la nave simbólica que subyacía en ella, era una historia que merecía ser contada.

En este trabajo cuento la historia de un objeto, la naveta, desde sus orígenes hasta finales del siglo XV, teniendo en cuenta el análisis de sus funciones y características formales así como su significado social y religioso, y analizo la presencia de la nave simbólica en la literatura, el pensamiento, la fe y las prácticas religiosas de las culturas que usaron la naveta dentro de estos límites cronológicos, para así poder entender el papel espiritual del objeto en estas culturas.

¹ Aquí hacía una recopilación de los documentos que, en los últimos siglos de la Edad Media, mencionaban o describían navetas de orfebrería, tanto navetas litúrgicas como, especialmente, navetas de vajilla: testamentos, inventarios y otras fuentes relativas a tesoros de reyes y duques de Francia, algunas noticias sobre tesoros de otras cortes de Europa, y navetas en los inventarios de los Reyes Católicos que se conservan en el Archivo General de Simancas. También analizaba las funciones de la naveta de palacio y sus formas, deteniéndome en la descripción de su pie, basa, pedestal o basamento, según el caso. Todo ello enmarcado en el contexto del banquete cortesano, del que hablaba allí con detalle, analizando su trascendencia simbólica, política y religiosa. Hablaba del concepto “liturgia de mesa”, de cómo el banquete de palacio era en la Edad Media un planificado acto teatral inspirado en el rito litúrgico. También describía otras piezas de vajilla relevantes en la época, como fuentes y saleros.

El trabajo de grado obtuvo la calificación sobresaliente *cum laude* por unanimidad. En el capítulo XII de este trabajo vuelvo a esta época, los siglos XIX y XV, añadiendo información e imágenes

Esta historia de la naveta comienza en las primeras civilizaciones y termina a finales del siglo XV.

Naturalmente la producción de navetas continuó en el siglo XVI, tanto de las destinadas a capillas como de las usadas en banquetes de palacio, adaptándose al cambio de estilo y a los avances técnicos. De hecho es en el siglo XVI cuando arranca la moda de las naves-autómatas de banquete, y en el siglo XVII cuando, especialmente en Alemania y los Países Bajos, asistimos a una producción importante de naves de banquete sobre ruedas.

Pero con el cambio de época y salvo algunas excepciones, las navetas empezaron a perder parte de la originalidad y fantasía que había caracterizado a sus antecesoras, convirtiéndose por lo general en objetos que respondían a un modelo cada vez más sencillo y repetitivo. Por ello, y porque era necesario acotar este trabajo, quedaron fuera de sus límites las navetas del siglo XVI, salvo algunas excepciones que a principios del siglo XVI aún mantienen ciertos elementos góticos. Aún así era necesario escribir un anexo sobre la evolución de la pieza en el siglo XVI y épocas posteriores, porque demuestra la pervivencia del objeto.

El trabajo se compone de dos bloques. El Bloque I analiza la importancia que el simbolismo del barco tuvo en el Antiguo Egipto (cap. I), en Grecia y Roma (cap. II), en la literatura cristiana –desde sus orígenes hasta el fin de la Edad Media (cap. III), y en relatos medievales de ficción (cap. IV).

Dedico un capítulo entero a la nave simbólica del Antiguo Egipto por el lugar tan destacado que ocupó en la fe y las prácticas religiosas de esta civilización. La literatura grecorromana, con sus descripciones de Islas Bienaventuradas y sus metáforas náuticas, aportó nuevos matices al simbolismo de la nave además de influir decisivamente en la formación de la metáfora náutica cristiana, de ahí la decisión de escribir un capítulo sobre este tema, el capítulo II. Finalmente tanto el capítulo III como el capítulo IV son necesarios para entender la importancia que la naveta de capilla y de banquete tuvo en la orfebrería medieval. El capítulo III explica los fundamentos teóricos que pudieron existir tras la naveta religiosa (la imagen de la Nave de la Iglesia y otras metáforas), y el capítulo IV los motivos literarios que probablemente influyeron en la moda de las navetas de

palacio, relatos de naves mágicas vinculadas a héroes, hadas y países de características extraordinarias.

El Bloque II (capítulos V-XII) cuenta la historia de la naveta como objeto: sus orígenes en el arte egipcio, mesopotámico y judío (cap.V) y en las antiguas civilizaciones del Mediterráneo antes de la Era Cristiana (cap.VI), la evolución de la naveta en el imperio romano y bizantino (cap.VII) y en la cultura árabe, especialmente en Irán, en el arte sasánida e islámico (cap.VIII). El Lejano Oriente (cap.IX) y el sur de Asia (cap.X) aportaron nuevas funciones y significados valiosos a la historia de la naveta, de ahí el interés de estos dos apartados.

En el capítulo XI se vuelve a la historia del objeto en Europa, con piezas y relatos celtas y escandinavos, testimonios literarios y arqueológicos que preparan el camino al último capítulo, el capítulo XII, que se centra en la historia de las navetas de Iglesia y de palacio en Europa durante los últimos siglos de la Edad Media.

Esta investigación es el resultado del estudio de fuentes originales (antiguas y medievales), bibliografía general y especializada, relatos de ficción y religiosos, mitos, leyendas, cuentos populares, y obras de arte –tapices, pinturas, manuscritos iluminados, piezas de orfebrería...- con el objetivo de contar la historia de un objeto y de la idea que está detrás del objeto: la naveta y la nave de los mitos y la fe.



Resumen

Este estudio sobre la historia del barco simbólico y la naveta, desde los orígenes hasta el fin de la Edad Media, parte de la idea de que el hombre cree en un Más Allá paradisíaco rodeado de agua, porque el agua es la barrera que mantiene intacta la pureza de las islas de la inmortalidad.

La creencia en barcos simbólicos y espirituales, el barco de las almas y de los dioses, ocupa un lugar importante en la religión de los hombres de las primeras civilizaciones, en Mesopotamia y Egipto. Así lo confirman numerosos y variados textos de literatura mágica, funeraria y poética. Y esta creencia sólida, de fuertes y viejas raíces, seguramente explica el a su vez también antiguo origen de las navetas.

En Mesopotamia encontramos representaciones de barcas cúlticas en sellos-cilindro, sobre todo en la Dinastía Arcaica y durante el Período Acádico, barcas de dioses que navegan sobre las aguas del mundo y barcas de hombres devotos en su peregrinación a los templos. Se representan junto a altares o baldaquinos, árboles de la vida, figuras más grandes que otras (que podrían ser sacerdotes o dioses) y elementos astrales, o recipientes rituales.

En algunos de estos sellos-cilindro llama la atención de forma especial la presencia de esquifes animados, con cabeza de hombre, un tipo de representaciones que han sido asociadas a la creencia en un dios-barco que trae la fertilidad a la tierra. Este dios barco hace su aparición en el arte en el año 3000 a.C.

En cuanto a la literatura cabe destacar la versión mesopotámica del mito del Diluvio universal, la *epopeya de Gilgamesh* (un poema épico de origen sumerio-acadio que debió ser escrito hacia la primera mitad del segundo milenio a.C. en base a una serie de poemas y relatos mitológicos que circulaban en la tradición oral), y otros poemas en los que se mencionan viajes épicos de dioses a bordo de naves, naves que en algunos casos han sido interpretadas con barcas procesionales. Y es que, aparte de estas

referencias literarias, se sabe que estatuas de dioses viajaban a bordo de naves sobre ruedas. Tanto es así que hasta el año 1033 a.C., en ciertas ocasiones, el Año Nuevo tomaba el nombre de la barca ceremonial construida en el año anterior.

Estos barcos simbólicos en la religión, el arte y la literatura de Mesopotamia –el barco de los cielos, el barco de los dioses, el barco del Sol y de la luna, el dios-barco y el barco procesional- debieron influir en el nacimiento de las navetas.

La mayor parte de estas piezas está datada entre el año 3500 y el 1800 a.C., aunque también hay navetas de los siglos VII, VI y III a.C. Son de metal, terracota o arcilla y en gran parte fueron halladas en sepulturas, dato que habla del significado religioso que tenían para el hombre mesopotámico. También se tienen datos de navetas votivas y navetas como recipientes de culto, objetos domésticos y juguetes.

El hecho de que las naves procesionales tuvieran tal importancia en Mesopotamia pudo influir en algunas de sus navetas (por ejemplo navetas con ruedas o una navecilla fechada entre el año 1920 y el 1750 a.C., que podría representar el viaje ritual de una diosa). Contamos además con dos referencias literarias que hablan de navetas mesopotámicas. Una de ellas menciona el uso de barcos de oro votivos (siglo VII a.C.) y otra sobre un barco en miniatura en un ritual de curación (siglo VI a.C.).

En Egipto, la imagen del barco espiritual se reconstruye a partir de obras literarias mágicas y funerarias fechadas entre el año 2500 a.C. y el siglo VI a.C.

Estos textos recrean la doble y diaria navegación del dios Sol: durante el día surca abiertamente el cielo, y durante la noche recorre un mundo subterráneo. Cuando el sol logra sortear los obstáculos de esta región oscura se asegura una vez más la victoria de la luz y el equilibrio del mundo.

Parte de las fórmulas de estos textos también están encaminadas a lograr un lugar en la nave del Sol para el rey, para el faraón y también, a partir de la democratización de los bienes del Más Allá que se produce con la religión osiriana, para todo hombre.

La vinculación entre el viaje al Más Allá y las embarcaciones explica las representaciones de catafalcos con forma de barco, en cortejos fúnebres.

Por otra parte la barca es, además de un atributo del dios Sol, un emblema de muchos otros dioses: Amón-Ra, Ra-Horus, Khepri, Sokar, Atum, Osiris, Hathor.

La naveta en el Antiguo Egipto representaba esta creencia en la nave de luz que surca el cielo, una nave de dioses y estrellas que atraviesa la llanura líquida de los infinitos campos de cañas hasta las puertas del firmamento.

La mayor parte de las navetas fueron halladas en lugares de enterramiento, y son piezas sencillas, de madera pintada. Junto a éstas, un grupo de navetas de metal que eran usadas como estandartes en procesiones.

Otras piezas interesantes entre las navetas egipcias son la naveta de alabastro de la tumba de Tutankamón –probablemente un recipiente de flores y aromas- y tres navecillas fechadas entre el año 1500 y el siglo II a.C. Estas tres navecillas son al mismo tiempo incensario y recipiente de incienso, pues se cree que en el receptáculo que hay en el centro del barco se guardaba el incienso, y en la mano representada en la proa se quemaba.

Un análisis general de las navetas egipcias nos lleva a la conclusión de que la mayor parte de éstas tuvieron un papel religioso y un significado espiritual. Las navetas representaban el viaje del difunto al Más Allá o se asociaban a diferentes dioses.

Uno de los tipos de navetas más interesantes de Egipto son las navetas portátiles, navetas recipiente, de madera o de piedra, que llevaban en su interior pequeñas estatuillas de dioses o de faraones. Generalmente de perfil papiriforme, bañadas en oro y decoradas con piedras preciosas.

Este tipo de navetas han sido relacionadas con el Arca de la Alianza de la Biblia. De hecho algunos de ellos piensan que el Arca de la Alianza tenía forma de barco en miniatura a la manera de las navetas portátiles egipcias.

Estos autores parten de la evidente relación cultural entre el pueblo hebreo y el egipcio (los hebreos vivieron en Egipto durante varios siglos). Algunas de estas teorías también se basan en aspectos lingüísticos.

En los tiempos en los que el simbolismo de la nave triunfaba en Mesopotamia y Egipto, el norte de Europa desarrollaba una idea propia del barco simbólico y espiritual. Una serie de imágenes de barcos grabados en rocas, especialmente en el oeste de Suecia, así lo demuestran. En estas imágenes, que pertenecen a una tradición que arranca en el siglo XVI a.C. y perdura durante más de seis siglos, los barcos son acompañados por otros objetos de culto como la serpiente, el hacha, la espada y símbolos solares, de ahí que estas embarcaciones hayan sido interpretadas desde un punto de vista religioso. Es posible que parte de estas imágenes, con discos solares y naves procesionales, recreen festividades con las que se celebraba el regreso de la primavera y con ello la apertura de los mares.

En algunas de estas imágenes grabadas en rocas se representan navetas, barcos en miniatura en la mano de figuras humanas. Tales navetas han sido interpretadas como objetos votivos de especial importancia en algún ritual religioso. Podría tratarse de la ofrenda al dios sol para procurar su regreso, o el regalo a algún otro dios para ganarse su protección en una travesía por mar.

En lo que se refiere al mundo grecorromano, la nave simbólica es, sobre todo, una nave mítica, literaria y metafórica.

El dios Sol recorre el cielo en una copa de oro, copa que pide prestada Heracles para cruzar el océano y robar los bueyes de Gerión. Encontramos referencias a este mito ya en el siglo VI a.C.

Otras naves míticas son: la nave del dios Jano, que puede navegar hacia delante y hacia atrás. La nave en la que la diosa Cibele llegó a Roma, hecha con la madera de los árboles sagrados del Monte Ida, como las naves de Eneas. La embarcación en la que el dios Esculapio –con forma de serpiente gigantesca- llega a Roma para salvar la ciudad de la peste. La nave en la que Aquiles llega a la Isla Blanca, el Más Allá. La embarcación en la que Deucalión y Pirra se salvan del Diluvio Universal en la versión griega del mito. La nave sin piloto que, guiada por la voluntad de los dioses, consigue reunir a Melibeia y Alexis. Y la nave en el mito de Teseo, que ha sido interpretada como un vehículo de transición.

Por otra parte el hombre griego, como en otras civilizaciones, imagina el Más Allá como una tierra rodeada de agua en algún lugar donde muere el sol. Esta relación entre el agua y el Más Allá, que queda plasmada en la *Iliada*, la *Odisea* y algunos epigramas, conduce a la necesidad de una nave para llegar a ese lugar. De ahí la existencia de Caronte y su barca, que aparecen en la literatura y la cerámica desde el siglo VI y V a.C. El personaje llega a Roma (por ejemplo hablan de él Séneca y Virgilio), y con el tiempo pasa de ser una creencia a convertirse en un mero recurso literario.

Otras ideas religiosas e imágenes literarias que pudieron influir en la historias de las navetas griegas y romanas tienen que ver con las felices islas de los Bienaventurados que dibujan ciertos epigramas y algunos autores como Hesíodo, Píndaro y Horacio.

Un aspecto importante en la literatura grecorromana relacionado con las embarcaciones es el papel de ciertos dioses como protectores de las navegaciones de los héroes, como ocurre en la *Odisea* y en las *Argonáuticas*. El hecho de que se creyera en esta protección influirá decisivamente en la historia de las navetas, pues de esta creencia nacen las navetas votivas.

La nave se convierte en el eje de famosos relatos griegos y romanos que han sido interpretados como metáforas: la leyenda de los Argonáuticas (testimonios literarios en Píndaro y Eurípides, pero sobre todo en Apolonio de Rodas, siglo III a.C., y Valerio Flaco, siglo I d.C.), y la *Odisea*. Son relatos de un largo viaje por mar que protagonizan héroes míticos a medio camino entre lo real y lo fantástico, a bordo de una nave que debe superar los obstáculos de un mar destructivo y caótico.

Diferentes autores han visto en la *Odisea* un *viaje espiritual* (“La *Odisea* es el poema del afán humano por sobrevivir”, escribió A. López Eire), mientras que las *Argonáuticas* han sido interpretadas como un relato de ritos de transición, como un viaje de búsqueda hasta alcanzar la pureza del espíritu. Son relatos de travesías que tienen como meta el regreso al hogar, el reforzamiento de la identidad o la superación. Y aunque no podemos asegurar que estos relatos nacieran con este propósito, es interesante ya el hecho de que suscitaran tales teorías y lecturas.

En las aventuras de los Argonáuticas es determinante el papel de la nave Argo, una embarcación de origen divino que habla, llora y se estremece, una nave inspirada y mágica, con voz profética. La primera en cruzar el mar, y la única en conseguir un lugar entre las Estrellas y los dioses del Olimpo, en las aguas del firmamento.

Además de las naves míticas, las islas fantásticas y paradisíacas y los relatos de héroes navegantes, también forma parte del recorrido del barco simbólico en la literatura grecorromana el frecuente uso de metáforas náuticas: la nave de la vida, del amor y la poesía, y especialmente la nave del Estado (esta última la encontramos en Alceo a finales del siglo VII a.C., en una oda famosa de Horacio y en las obras de Platón y Polibio).

Era natural que el barco simbólico, espiritual y mítico se hiciera un hueco en el alma y la mente del pueblo griego, un pueblo marítimo, y que este tesoro literario pasara a manos romanas como parte de un vasto legado cultural. Y

este corpus de imágenes, relatos y creencias seguramente influyó en la historia de las navetas grecorromanas.

En realidad, las primeras fueron navetas prehelénicas, de la época minoica (Edad del Bronce, año 3000 a.C.), encontradas en lugares de enterramiento, contextos domésticos y santuarios de las islas del Egeo. Tres anillos minoicos hablan de la creencia en una divinidad protectora de la navegación, que aparece junto a un barco, árboles de la vida y altares. Por ello se cree que las navetas minoicas halladas en santuarios pudieron estar dedicadas a esta divinidad.

También de la Edad de Bronce es un grupo interesante de navetas halladas en Chipre, unas ovales y otras de estructura alargada.

Una imagen especialmente importante en la Grecia de la Edad del Bronce es la naveta, de considerable tamaño, que abre un desfile de ofrendas a un dios en la decoración pictórica de un sarcófago, el sarcófago de Hagia Triada, de finales de la Edad de Bronce.

En el período Geométrico (900-700 a.C.) aparecen unas navetas peculiares, los morillos para chimenea con forma de barco, piezas domésticas encontradas en lugares de enterramiento. Es probable que surgieran por vez primera en la Grecia continental a finales del siglo VIII a.C. y que la moda se difundiera después a Creta y Chipre.

El número de navetas aumenta considerablemente en el período arcaico (del año 776 a.C. al 500 a.C.), tal vez debido a la expansión de Grecia por el Mediterráneo, porque la nave es la protagonista de las expediciones colonizadoras. En esta época hacen su aparición las navetas-vaso.

Y siguen siendo importantes las navetas votivas (22 navetas de madera fueron depositadas en el Heraion de Samos, una isla que desde finales del siglo VIII a.C. tuvo un papel destacado como potencia naval). Otras muchas

navetas, en esta ocasión de terracota, fueron halladas en Corinto, tal vez por la importancia que este lugar tuvo en las colonizaciones del siglo VIII a.C.

En el periodo clásico (siglos V y IV a.C.) destacan algunas navetas con forma de nave de guerra, como una naveta de bronce que pudo servir de lámpara votiva en el *Erechtheion de Atenas*.

Entre el siglo III y el siglo I a.C. están fechadas unas navetas procedentes de la Magna Grecia, es decir, del territorio que los griegos ocuparon en el sur de la península itálica y en Sicilia. Todas estas navetas son embarcaciones de guerra con “licencias artísticas” halladas unas en lugares de enterramiento, otras en santuarios y relacionadas con el culto a Isis en Siracusa en esa época.

Finalmente, en el periodo helenístico continúa la moda de las lámparas con forma de naves de guerra, y los *rhyton* o recipientes de bebida a manera de proas de naves. En este periodo también debemos tener en cuenta las navetas que seguían fabricándose en tierras mesopotámicas y egipcias, que en el siglo IV a.C. habían pasado a formar parte del Imperio de Alejandro Magno. Por ejemplo un manuscrito de Uruk, de esta época helenística, habla del uso de un *maqqitu* en la fiesta del Nuevo Año en honor al dios Anu. “Maqqitu” es la palabra correspondiente a “recipiente en forma de barco”. Según este texto, la naveta o *maqqitu* se utilizaba para hacer libaciones.

Tras el fin del periodo helenístico, en el año 31 a.C., continuará la tradición de los barcos en miniatura. A partir de este momento la península itálica se convertirá en el principal centro de producción, recogiendo no solo la influencia del modelo griego sino también de las navetas villanovianas, etruscas y sardas. Las villanovianas, con cabezas de animales, las etruscas – entre ellas destaca la naveta de Artimino, tal vez una naveta para incienso, siglo VII o VI a.C., y las navetas sardas, piezas de bronce halladas en gran número en tumbas y santuarios, con anillos de suspensión y cabezas de ciervo o de toro en la proa que tal vez fueron usadas como objetos votivos o lámparas de culto. Incluso se piensa que, junto a su papel religioso y

espiritual, también desempeñaban una función social pues tal vez sirvieran para simbolizar un cierto estatus de poder. Los estudios más recientes tienden a situar el origen de las navecillas sardas entre los siglos XIII y XI a.C., y continuó durante siglos, al menos hasta el siglo V a.C. cuando empezaron a ser sustituidos por modelos de terracota.

Mientras la cultura y la religión mediterráneas iban completando y enriqueciendo su propio sistema de creencias en torno a la nave simbólica y la evolución de sus navetas, el norte de Europa recorría un camino similar aunque con personalidad propia:

Contamos con una naveta de estaño hallada en la zona de Gales, fechada entre el año 1500 y el año 1350 a.C., cien navetas de madera recubiertas con lámina de oro, danesas, probablemente del año 1300 a.C., una naveta de madera hallada en la costa este de Inglaterra, fechada entre el año 606 y 503 a.C., una navecilla de oro con dos remos del centro de Austria, del siglo V a.C., y otra de la misma época y zona que ha sido interpretada como imagen de culto del dios Latobius... Junto a éstas, más recientes, una naveta irlandesa del siglo I a.C., de oro, que representa una embarcación típicamente celta, un *curragh*, y las navetas representadas en monedas celtas del año 100 a.C. en la mano de jinetes, a manera de trofeos.

Volviendo a tierras del Imperio romano, la acogida de influencias de procedencia diversa (griegas, villanovianas, etruscas y sardas) da como resultado, en los primeros siglos después de Cristo, la producción de navetas diferentes, de diferente decoración y funciones:

Por una parte, se mantiene la tradición griega de navetas con forma de embarcaciones de guerra. Por otra, entre el siglo II a.C. y el siglo IV d.C. se producen en Egipto navetas de terracota con la representación de Harpócrates en su superficie.

Son también típicas de esta época las navetas isíacas, relacionadas con el culto a la diosa egipcia Isis –un culto acogido en Italia en el siglo II a.C.- y otras navetas que mantienen la iconografía antigua, bien con imágenes de dioses paganos o inscripciones dedicadas a ellas, bien con motivos marinos influidos por la literatura y la iconografía paganas.

Junto a estas piezas encontramos algún ejemplo de naveta cristiana, como la lámpara de Eutropius, del año 450 d.C.

También existen navetas de vidrio, romanas, de los primeros siglos d.C., que debieron servir como piezas de vajilla. De hecho obras literarias de la época –como ciertos documentos de Plinio el Joven, siglo I d.C., y del griego Ateneo de Naucratis, que entre el siglo II y el siglo III cita fuentes de antes de Cristo- hablan de navetas de banquete.

En el Imperio Bizantino se utilizaron navetas con función de lámpara, como aquellas que describe el poeta Paulus Silentiarius en el siglo VI d.C., que alumbraban el interior de Santa Sofía de Constantinopla. También contamos con ejemplos de navetas bizantinas escultóricas, teatrales y de procesión fechadas entre el siglo V y el siglo X d.C., y navetas recipientes que pudieron ser utilizadas como piezas de vajilla o como recipiente de incienso, como una naveta del siglo XII tallada en una variedad de la esteatita, con gallones y representación de san Demetrio, que se encuentra en San Marcos, en Venecia.

En cierta manera relacionado con el Imperio Bizantino, el arte iraní hace una aportación importante a la historia de las navetas con tres tipos peculiares de navetas producidas en gran número en el arte sasánida y el arte islámico, y con una fuerte presencia también en la poesía de la época: el *kāsh̄ti*, el *rekāb* y el *kashkul*.

La naveta sasánida conocida bajo el nombre de *kāshti* consiste en recipientes de plata de líneas sencillas y forma ovalada, generalmente con detalles grabados en relieve y perfil a manera de media luna. El *rekāb* es una naveta polilobulada. En el *kashkul* suelen añadirse cabezas de dragón en proa y popa, es un tipo de recipiente utilizado por ascetas errantes para recoger limosnas.

En realidad, cuando contemplamos estas piezas de plata nos preguntamos por qué es tan clara su interpretación como navetas o barcos en miniatura. Al fin y al cabo, cuando nos imaginamos un barco en miniatura, no lo hacemos con la forma de recipientes sencillos y simplemente ovalados. Pero ciertamente este tipo de piezas fueron vistas como barcos. Tanto es así que se conoce el caso de una naveta de finales del período sasánida hallada en Japón, sencilla, ovalada, de plata, con una inscripción que dice: *este barco, makok, pertenece a Mihr*.

También y sobre todo la literatura de la época y de épocas posteriores aclaran que este tipo de recipientes de origen sasánidas (los *kashti*, los *rekab* y los *kashkul*) eran visto como navetas. De hecho *kashti* significa “barco”. Y en un diccionario del siglo XVII leemos sobre el *Kāshti-yi zar* (“barco de oro”): “Metafóricamente se refiere a dos objetos: primero, la luna nueva; y en segundo lugar, un recipiente de oro hecho en la forma de un barco, *Kāshti*. En algunos diccionarios es referido como una metáfora para el sol”. Por otra parte el *rekab* es visto como un término equivalente.

Gracias a la literatura sabemos que la naveta era utilizada en ritos de iniciación en tiempos antiguos, en ceremonias zoroastrianas, y que se mantuvo hasta época islámica como objeto precioso y enigmático. Los poetas del sufismo, interesados en el simbolismo del barco, mantuvieron y enriquecieron la imagen de la naveta de ritos y ceremonias. Un número considerable de poemas, fechados entre el siglo X y el siglo XV, nos hablan de la naveta con vino en banquetes rituales y en banquetes cortesanos, navetas de oro en la mano de los reyes, barcos en miniatura que custodian la líquida luz solar –el vino- y representan el viaje del sol a bordo de una nave

de plata. Gracias a la literatura sabemos también que existía un ritual en el que la naveta pasaba de mano en mano, y banquetes en los que las navetas flotaban en los estanques de los jardines de palacio.

No es posible saber con exactitud durante cuánto tiempo se mantuvieron en uso los tres tipos de navetas iraníes, ni tampoco cuál de estos tres tipos fue reservado para ocasiones específicas, pero sí se puede afirmar que estos barcos en miniatura fueron más allá de las barreras religiosas. Por ejemplo algunos *kashti* muestran en el fondo una cruz grabada y dorada que habla de la reutilización del recipiente en ámbito cristiano

La mayor parte de las navetas sasánidas e islámicas son de metal, pero también encontramos algunas de cerámica y de vidrio. Es el caso de un *kashkul* del siglo XII. Llama la atención una pieza islámica, fechada entre el siglo IX y el X, de vidrio púrpura y una montura de oro y plata, de la que se dice que pudo servir de recipiente de vino o de naveta de incienso.

También es interesante una naveta de marfil. Con friso a ambos lados y en el friso figuras de animales que corren hacia la cabeza del mascarón de proa, una cabeza con una joya y un collar propios de un personaje de la realeza. A cada lado del casco del barco, la figura de un grifo (en Irán, desde época sasánida, el grifo está asociado a la realeza). Otra pieza similar, del siglo XII, de cerámica, muestra un mascarón de proa con cabeza humana también, flanqueada por ángeles que sostenían sobre ella una corona. La naveta estaría aquí representando una coronación. Estas dos navetas están claramente relacionadas con la realeza.

Otras piezas que confirman la importancia de la naveta en el mundo islámico son aquéllas que rematan minaretes y cúpulas. Por ejemplo, se colocó una naveta en el minarete de la mezquita de Ibn Tulun en el año 870, y allí se mantuvo hasta el siglo XIX, aunque se cree que la naveta original fue reemplazada por otra en una restauración llevada a cabo en el año 1296 por el sultán Lajin.

En el trabajo también hablo de otro tipo de navetas islámicas, las navetas tecnológicas y autómatas. Por ejemplo una naveta-lámpara ideada por los hermanos Banu Musa en el siglo IX, incluida en el *Libro de los Aparatos Ingeniosos*. Y las navetas autómatas diseñadas por al-Jazari en el siglo XII. Estos científicos asimilaron y sistematizaron el tesoro de sabiduría cedido por babilonios, griegos, indios, chinos y persas, y lo enriquecieron con novedades sorprendentes. En el caso de al-Jazari. Aunque no se ha podido confirmar una transmisión directa de su obra, ni se ha encontrado su traducción en la Europa medieval, se sabe con seguridad que sus proyectos y avances llegaron a tierras occidentales. Es posible que fueran transmitidos en los viajes a Europa de artesanos árabes, y que la Península Ibérica fuera clave en esta transmisión.

En relación al Lejano Oriente, fuentes literarias y arqueológicas de Japón, China y Vietnam hablan de la creencia de estos pueblos en la navegación de las almas al Más Allá y en naves nacidas de dioses que surcan los cielos. Por ejemplo la mitología japonesa menciona naves de dioses.

Las navecillas usadas en el Japón de los primeros tiempos de la Era Cristiana para fines funerarios pertenecen a un grupo más amplio de objetos rituales, los llamados *Haniwa*, objetos de terracota utilizados en rituales de enterramiento durante el Período Kofun.

Por otra parte conocemos algunas referencias dispersas de navetas en la literatura que nos hablan de su importancia simbólica y religiosa en la cultura del lejano Oriente. Por ejemplo dos pasajes literarios hablan de una naveta de jade como recipiente del elixir de la inmortalidad, del siglo IV y del siglo XI d.C.

En el arte chino se tendió a hacer navetas con cabeza de dragón en la proa, bien como imitación de las embarcaciones de la época, bien bajo la influencia de un famoso festival chino, el Festival del Barco Dragón. Un grupo de estas navetas, con cabeza de dragón, se utilizaban como contadores de tiempo o alarmas al menos ya en el siglo XII, aunque las piezas que nos

han llegado son del siglo XVIII y XIX. Pero contamos con dos testimonios que prueban el uso de este tipo de navetas (navetas-dragón como relojes de incienso) en el siglo XII.

Otra función peculiar entre las navetas del Lejano Oriente, las navetas chinas en particular, es la de servir de recipiente para guardar la tinta o el agua que se utilizaba en la escritura. La mayor parte de estos objetos son de porcelana, aunque también existen ejemplos de metal. Contamos con un grupo de piezas fechadas entre el siglo XII y el XVI.

Otras navetas orientales sirvieron de recipientes de vino en banquetes como objetos autómatas. Sabemos, por ejemplo que un monje chino inventó una naveta automática con copa de vino que se paraba delante del Emperador en los banquetes, en el siglo VI d.C. Y contamos con un manual del siglo VII en el que se describen navetas autómatas que recorrían los canales de agua en los jardines de un palacio.

El recipiente con forma de barco para arreglos florales, el *tsuribune*, se puso de moda en la sociedad japonesa a partir del siglo XV. Se trataba de vasos con forma de navecilla o media luna, en cerámica, bambú o bronce, que quedaban suspendidos por cadenas de techos y paredes.

Finalmente, una de las navetas orientales más sorprendentes es el *mifunashiro*, un cofre con forma de barco en miniatura en el que se guarda el Espejo que, según la mitología japonesa, fue utilizado para que la diosa Amaterasu, diosa del sol, saliera de la cueva en la que se había ocultado. Según una leyenda el Santuario de Ise se levantó en el siglo V d.C. y en él se custodia el espejo, dentro de esta naveta. Se llama *Mifunashiro* (también *mifuneshiro*, o *mifune-shiro*), que significa “sustituto del barco”, “reminiscencia del barco”, o “Réplica del Barco Sagrado”. El origen de esta misteriosa naveta podría estar a finales del siglo V d.C.

Tal era la importancia de este objeto que su construcción y sus medidas fueron codificadas en el siglo X en el *Engishiki*. Y existía un “Festival para la Construcción de los Augustos Cofres en forma de barco”. En realidad el

tratado habla de la necesidad de construir más de un cofre-naveta, en total 7 navetas para diferentes santuarios. Cada veinte años debe celebrarse una renovación, con cuatro rituales, uno de ellos destinado a la naveta.

Sobre las naves simbólicas en el Sudeste asiático, ciertas escenas sobre rocas halladas en diferentes lugares confirman que estas regiones creían en la nave simbólica desde tiempos antiguos, y utilizaban embarcaciones con fines cúltricos.

Las manifestaciones más importantes se han encontrado en Borneo, la isla de Célebes, la región de Indonesia de Molucas, Timor, el fin occidental de Nueva Guinea y las islas Solomon. A veces la imagen del barco es acompañada por el árbol de la vida, o por elementos solares, como espirales, círculos aislados o círculos concéntricos.

Los historiadores han atribuido a la cultura Dong-son y también a la cultura Lapita, pero especialmente a la primera, el origen de la creencia en el simbolismo del barco y su difusión por todo el Pacífico. En tambores de la cultura Dong-son, fechados en torno al año 200 a.C., de Indochina, el barco simbólico ocupa un lugar importante, con forma de media luna y proa y popa con aves o cabezas de aves. Estas naves, junto a figuras de guerreros y bailarines, han sido interpretadas como naves funerarias o naves de las almas.

Otras menciones a barcos simbólicos en la antigua literatura del sudeste asiático las encontramos en el mito hindú del Diluvio Universal, con la versión más completa en el *Mahabharata*, una nave salvadora que en el *Atharva Veda* es un barco dorado. Por otra parte, el *Rig Veda* menciona diferentes naves simbólicas. La identificación del cielo como el “océano celestial” favorece la metáfora de la nave del cielo y las naves de los dioses. Los dioses viajan en barcos. Los barcos salvan a los seguidores de estos dioses. Y los dioses se identifican con barcos salvadores.

Otros mitos hindúes hablan de un barco de oro que nace del árbol de la vida, y del barco de plata de la luna y el barco de oro del sol. El *Brahamanda*

Purana ofrece la descripción de un lugar maravilloso con barcos dorados. En el *Atharva Veda* se habla de cómo los dioses trajeron una planta curativa en un barco de oro. Y la literatura de Filipinas ideó su propio grupo de naves mágicas y aventuras con navegaciones fantásticas.

En lo que se refiere a las navetas del sudeste asiático, existen ejemplos desde el año 2500 a.C. hasta el siglo XV. La mayor parte, navecillas de oro y plata que fueron utilizadas como piezas religiosas, por ejemplo votivas, y halladas en templos. Otras son solo decorativas, o recrean embarcaciones rituales, o sirvieron de lámparas. Entre las más antiguas, unos objetos con forma de navecilla que son representados, en sellos de piedra que en la Antigua Cultura del Valle del Indo se utilizaban como amuletos, frente a seres mitológicos con apariencia de unicornio. La mayor parte de las navetas encontradas en el sudeste.

Son interesantes las referencias a navetas en la literatura de la zona. Por ejemplo, en el *Rajaratnacari* se cuenta que el rey de Sri Lanka, Bujas Raja, ordenó fabricar barcos de metal como recipientes de comida para el sacerdote en el año 359, y colocarlos junto al Árbol Bodhi. En el *Brahamanda Purana*, una obra fechada entre los años 300 y 500 d.C. que habla sobre todo del culto de la diosa Lalita, se describe un lugar paradisíaco en el que los dioses toman néctar de unos barcos diminutos de joyas y gemas.

El *Manorathapurani* (siglo V d.C.), el comentario de Buddhaghosa al *Anguttaranikaya* (aprox 80 d.C.), habla de barcos dorados, y de plata, y de rubí y coral, provistos de recipientes de los mismos materiales en los que crecen flores de metal, barcos creados por un *deva* en un lago celestial por orden del rey de los Devas. El mismo autor, en esta ocasión en el comentario que hace del *Dhammapada*, obra que recopila enseñanzas de Buda, incluye otras dos referencias interesantes a navetas de joyas y metales preciosos, unas flotaban en un río de flores de colores. Otras relucían en el centro de una fiesta con perfumes y lirios.

En el *Mahawansha*, documento del siglo VI d.c. que habla de la historia del budismo, desde el siglo VI a.c., hasta el siglo IV d.C., un *mucelapattana*, un *barco de bronce para ofrendas*. Y se añaden otras referencias a donaciones hechas por reyes de barcos de metal para ofrendas. En el *Mahāvamsa-tīkā*, obra fechada en el siglo VIII o en el IX d.C, también conocida como *Vamsatthappakāsinī*, que consiste precisamente en un comentario sobre el *Mahawamsa*, se da esta definición precisamente sobre el término *mucelapattana*. Junto a estos documentos existen también leyendas interesantes sobre cómo se construyó un templo en Rangún, Birmania, alrededor de una naveta de oro que contenía cabellos de Buda.

La historia de la naveta en la Europa medieval fue compleja y rica. Existen noticias dispersas sobre la presencia de barcos en miniatura en el arte y literatura de los primeros siglos de la Edad Media, desde el siglo V hasta el siglo XII. Unas son navetas votivas, otras recipientes de bebidas en banquetes.

En la Escandinavia vikinga y medieval, en la que la nave tuvo un papel simbólico destacado, se utilizaban navetas de madera para servir cerveza y vino en banquetes, a veces con cabeza de ave o cabeza de dragón en la proa. También contamos con testimonios literarios del uso de navetas de banquete, textos fechados entre el siglo XI y el siglo XIII que incluyen términos como “barco de cerveza”, “barco de vino”, “recipiente para beber con forma de barco”, “taza de vino con forma de barco de borde dorado”, y en un texto del siglo XI se habla, con metáforas, de una naveta de oro con cerveza que era pasada de mano en mano.

Aunque los ejemplos que nos han llegado son de madera, también debieron hacerse navetas de metal con más o menos detalle, a juzgar por algunas molduras para proas de metal con cabeza de dragón, en miniatura, que han llegado hasta nosotros, fechadas entre el siglo IX y el siglo X, y diminutas banderas de viento. Porque es probable que estas proas y estas banderas se colocaran en navetas de metal.

Recipientes parecidos a los vasos de banquetes escandinavos, es decir, en madera, ovalados y con cabezas de animales, también fueron usados en tierras rusas, bajo el nombre de *kovsh*, *kovshi* en plural, en antiguos rituales de bebida.

Con esta larga y compleja historia, de siglos de antigüedad, las navetas llegaron a la Baja Edad Media siendo ya un objeto conocido y valioso que podía adaptarse a funciones diferentes. Pero es entonces, a partir del siglo XIII, cuando logra una gran difusión.

Podemos hacer la distinción entre dos grandes grupos: las navetas de tipo religioso, y las navetas de palacio, aunque no existe una delimitación clara entre estos dos grupos pues uno influye en otro, y al revés, y porque existieron navetas de origen religioso adaptadas a un uso cortesano, y navetas de palacio que fueron donadas a iglesias y utilizadas allí con un fin religioso.

En las iglesias medievales encontramos navetas votivas, navetas-relicario y navetas con incienso. Las navetas votivas se dejaban en las iglesias en señal de agradecimiento, o para ganarse el favor de Dios y los santos, y son retratadas en la literatura de la época, en ocasiones con detalle. Por ejemplo, el relato de cómo el rey san Luis, de Francia, su mujer y sus hijos se salvan de una tempestad en un viaje, en el año 1254, y como agradecimiento mandan hacer para una iglesia una naveta de plata, con marineros de plata y toda la familia en ella representada.

En relación a las navetas con función de relicario tenemos el ejemplo de la naveta de la basílica de san Antonio de Padua, una pieza de plata parcialmente dorada, fundida, decorada con cincelado y relieves y elementos de cornalina, madreperla y hueso, de finales del siglo XV, de estilo tardogótico aunque peana renacentista, representaciones en acuarela de otras navetas relicario en un manuscrito de principios del siglo XVI, y la naveta relicario de la catedral de Reims, dedicada a santa Úrsula.

En cuanto a la naveta como recipiente de incienso, ya existía en el Antiguo Egipto, y en el arte etrusco. Pero hay que esperar al siglo XIII para tener constancia de este tipo de navetas también en la liturgia cristiana. Porque es entonces cuando aparecen las palabras “naveta” y “navicula” en inventarios y testamentos, para hacer referencia a un recipiente para guardar el incienso que es quemado en el incensario, y cuando se empiezan a representar, con cierta frecuencia, en miniaturas y pinturas. Las navetas del taller de Limoges, piezas de cobre o plata, parcialmente doradas, y recubiertas con el típico esmalte de la zona, encontradas en gran número, seguramente influyeron en la difusión del modelo.

En todo caso, la importancia de las navetas eclesiásticas en época medieval también pudo tener que ver con la imagen que en el Cristianismo se había formado en torno a la Nave de la Iglesia, una imagen ya sugerida en la Biblia que tomó forma en la literatura de los Primeros Padres y se fue enriqueciendo con el paso de los siglos.

Al fin y al cabo símbolos, metáforas, alegorías... imágenes en general, eran herramientas esenciales a la hora de transmitir mensajes más o menos complejos, en una época en la que pocos eran los que podían leer las Sagradas Escrituras. Los cristianos recibían su formación a través de las homilías, los servicios litúrgicos y por supuesto el arte, que permitió la enseñanza visual de los mensajes cristianos y la popularización de la religión. La Edad Media mantendrá con firmeza esta tradición del símbolo como medio de enseñanza y el aprendizaje, de ahí que el arte medieval abogue por la comunicación de un mensaje trascendental, en relación con los preceptos e ideas de la Iglesia, a través de un vocabulario simbólico. Los sermones se fundamentaban en el uso constante de alegorías e imágenes, y por ellas quedaba ilustrado el pensamiento de los teólogos.

La idea de la nave y su materialización en barcos en miniatura se beneficiaron de estas circunstancias en las que el símbolo era el rey en la tierra espiritual de los pensamientos complejos y los mensajes profundos.

Como decía antes, en la Biblia ya quedaba sugerido el simbolismo de la nave eclesiástica. Estos textos bíblicos dieron pie a la formación del símbolo y al mismo tiempo justificaban su uso, pero los primeros teólogos no recurrieron únicamente al Nuevo Testamento para dar forma a la imagen, sino que se dejaron influir por ideas heredadas de la Antigüedad greco-latina.

Los primeros cristianos, en su mayoría hombres formados en la cultura clásica, comprendieron las ventajas del uso de mitos paganos para la enseñanza de las doctrinas cristianas. En este sentido entendieron que no existía contradicción entre paganismo y cristianismo. Los mitos vivían aún en las mentes de sus contemporáneos, que habían crecido leyendo o escuchando las viejas historias, así que resultaban un medio atrayente y familiar para comunicar las nuevas ideas. La imagen de la Nave de la Iglesia se fraguó bajo la influencia de corrientes procedentes de diferentes puntos. Entre ellas destacó la influencia de la cultura clásica, que como acabamos de ver se hizo notar sobre todo en la adaptación del mito de Odiseo. También fue evidente el peso de la antigua tradición judía y especialmente la presencia en el Antiguo Testamento de una Nave de la Salvación, el Arca de Noé. En el Arca de Noé está prefigurada la Nave de la Iglesia, escribieron los teólogos cristianos.

En lo que se refiere al segundo gran grupo de navetas medievales, las de uso doméstico, hay que decir que ya existían en las mesas egipcias, mesopotámicas y grecorromanas, naves de banquete en la Escandinavia vikinga y medieval, navecillas de vino con perfil de media luna en la corte persa y china, navecillas rituales en la India antigua y medieval... Los vasos-nave arrastraban un largo pasado cuando, a partir del siglo XIII, y sobre todo durante los siglos XIV y XV, se convirtieron en objeto de lujo en las cortes europeas.

El banquete se usaba como instrumento de legitimación del poder y, para conseguir este objetivo, se trataba de convertir la sala en un espacio sagrado

que girase en torno a la figura del soberano. De ahí la insistencia en ciertos elementos y gestos derivados directamente del ritual religioso. Es probable que la nave de orfebrería de los banquetes formara parte de este intento constante por sacralizar el ritual cortesano, precisamente por su similitud con las navetas de Iglesia.

Son escasas las piezas de orfebrería medieval que han llegado hasta nosotros, especialmente las piezas que eran destinadas a un uso civil. Por una parte, las piezas de uso civil han estado siempre sometidas a los cambios de gustos y modas, el material se fundía para adaptarse al nuevo estilo. Por otra, los objetos de oro y plata eran considerados reserva monetaria que podía fundirse y convertirse en dinero en caso de necesidad.

Debido a esta situación, es necesario recurrir a otros tipos de fuentes para comprender la presencia de la naveta en las cortes medievales: pinturas, tapices... y sobre todo manuscritos iluminados.

En casi todas estas imágenes la nave se coloca sobre la mesa y siempre junto al personaje central de la escena: el anfitrión, el rey, el duque o el príncipe. Es decir, la naveta se utiliza como símbolo de honor, poder y riqueza que indica el espacio más destacado de la sala.

En las imágenes también llama la atención la desproporción de tamaños entre la nave y el resto de las piezas de vajilla, pues generalmente la nave es llamativamente más grande que los vasos, copas, jarras y platos colocados en la mesa o en el aparador.

Las naves de palacio se destinaban a funciones diferentes. Algunas de ellas eran meramente decorativas o piezas teatrales, y otras servían de recipientes sobre la mesa. En este segundo grupo había naves para vino, otras con sal o especias, naves en las que se recogía la limosna para los pobres, y aquéllas en las que se guardaban bajo llave los cubiertos de los príncipes. Otra función era la de señalar el lugar o los lugares más distinguidos en la mesa del convite, los asientos de honor.

En los siglos XIV y XV las naves de orfebrería eran objetos de prestigio, incluso aquéllas que formaban parte del servicio cotidiano. El uso de la nave se reservaba al señor de la casa y a sus invitados de honor, señalando el lugar que éstos ocupaban en la mesa. Debido a la carga simbólica e histórica que conllevaba la imagen misma de una embarcación, con un pasado mítico y literario lleno de matices mágicos, la presencia de estas piezas en la sala representaba riqueza y poder, independientemente de la función final a la que se destinaban. Bajo este aspecto la nave era siempre pieza de aparato. La función decorativa y simbólica nunca llegaba desligarse del objeto. Sin embargo esta función se potenciaba más en unos casos que en otros.

Existen por otra parte las navetas de entremés, navetas de banquete con un papel teatral que pudieron estar inspiradas en las naves de considerable tamaño, de madera, que se utilizan junto a otros elementos de escenografía móvil, como piezas de un decorado teatral que amenizaba los banquetes durante los entremeses.

En la evolución de las navetas de entremés, es decir, las adaptadas a un uso teatral, pudo influir la literatura de la época, que reservó un espacio importante a los barcos mágicos y los relatos de navegaciones fantásticas. Especialmente la materia de Bretaña que, en parte bajo la influencia de la literatura celta, muestra un mundo poblado por naves que se dirigen a sí mismas, embarcaciones misteriosas que llegan de noche envueltas en claridad, aromas dulces y bellas melodías, o tiradas por cisnes que son ángeles enviados desde el cielo. Frente a las naves de telas blancas que representan la pureza y el Bien, también existen naves de telas negras de las que el caballero debe huir.

Casi todas las embarcaciones artúricas se construyeron en torno a una misma idea, la idea de la Salvación: la salvación frente a los enemigos, la protección, la curación de las heridas, el encuentro con el Amor, el descubrimiento de la Verdad, la evolución del héroe y la entrada en la Inmortalidad. La nave construida por Salomón, en la que todo tiene un

significado trascendental, es el arquetipo de todas estas naves simbólicas literarias, y la versión novelesca de la Nave de la Iglesia.

En concreto, un tipo de naves mágicas literarias que debieron tener su influencia en las navetas de la época, fueron aquéllas descritas como embarcaciones de vidrio y metales preciosos, con aparejos de oro y plata, detalles de ébano y marfil, velas de seda.

La mayor parte de las navetas de palacio eran de plata. Pero en los documentos no siempre se especifica de qué tipo de plata se trata. Las naves de oro no son habituales, y sin embargo existen testimonios de su existencia en siglos tempranos. En algunas navetas se usa el oro y la plata. Y en otras el oro se combina con piedras preciosas. Y son relativamente frecuentes las naves de cristal o de vidrio montadas en plata dorada.

Las navetas se caracterizan por la diversidad de pesos y tamaños, una diversidad en parte determinada por la variedad de funciones que desempeñan.

A pesar de que tal diversidad de formas existió realmente, se puede decir, en términos generales, que el estilo de la naveta de orfebrería a finales de la Edad Media resulta de una extraña y compleja combinación entre fantasía y realismo.

En ocasiones las naves de palacio fueron descritas bajo el nombre de tipos de embarcaciones reales. En estos casos, poco frecuentes eso sí, el término proporciona información interesante sobre la forma de la nave, pues la imaginamos como reproducción en miniatura de la embarcación que, bajo el mismo nombre, surcaba los mares en aquella época.

En los inventarios se describen las naves de mesa con el complejo aparejo de una nave de verdad. Casco en la que se simula la tablazón de un casco de madera, barandilla a lo largo de la borda, diferentes tipos de velas (de plata

dorada, de coral...) y mástiles (de plata, de vidrio), castillos en proa y popa, escaleras, el timón, pendones y anclas, la cofa en lo alto, cuerdas hechas con perlas y poleas de plata... Las velas se utilizan como espacios decorativos, especialmente para lucir símbolos heráldicos

La nave apoya sobre cuatro ruedas o bien sobre un pie o un basamento. A su vez, el pie puede tener forma de persona o animal. A veces no se emplean soportes y la nave descansa directamente sobre la superficie. En la mayor parte de los casos se combinan unos soportes con otros. Por ejemplo, una nave con pie asienta sobre un zócalo y éste a su vez sobre figuras de animales.

En el pilar o vástago que actúa de soporte se puede utilizar o no un nudo, pomo o manzana, especialmente en las naves de poco peso que podía sostener una sola persona con una mano, como si fuera una copa. Estos pomos adoptan una forma arquitectónica, como un castillo diminuto, o una forma hexagonal o esférica.

Por otra parte las navetas se animan con decoración de escenas, personajes y animales cincelados o se cubren con figuras de bulto redondo. Estas figuras pueden recrear escenas náuticas, con figuras de marineros, timoneles y otros miembros de la tripulación desempeñando diferentes tareas. O bien recrear escenas de la vida cotidiana, por ejemplo, escenas de palacio, de damas y caballeros, danzas y batallas, y escenas pastoriles. En las navetas se representan reyes, reinas –de la época o de tiempos pasados– miembros de la jerarquía eclesiástica y personajes históricos.

Un tercer grupo estaría formado por figuras fantásticas (sirenas con corona, dragones, grifos, serpientes aladas...), escenas y personajes inspirados en mitos, leyendas y relatos literarios de la época (la Fuente de la Juventud, Hombres Salvajes, los *Neuf Preux*...), estructuras imposibles (por ejemplo, naves sobre elefantes y castillos). Imágenes y escenas de inspiración religiosa constituyen el último grupo, con representación de ángeles, santos, apóstoles, profetas y evangelistas.

Es habitual la combinación de personajes y escenas de diferentes grupos ornamentales en las grandes naves de mesa. Escenas de la vida cotidiana se mezclan con dragones, y temas mitológicos con motivos religiosos. Una nave del duque de Anjou, con un total de 614 figuras, reúne motivos de inspiración costumbrista, cortesana, mitológica, exótica y arquitectónica.

Al final del capítulo sobre la naveta en época medieval, dedico un apartado a la recopilación y análisis de las navetas de la España medieval. Se trata de navetas de orfebrería descritas en documentos fechados en los siglos XIV y XV, en relación a los tesoros de los reyes de Navarra, Castilla y Aragón. Algunas de estas descripciones son vinculadas a piezas que aún se conservan, en concreto dos navetas en el Sagrario de la catedral de Toledo.



Conclusiones

La naveta y el símbolo. La nave solar

La historia de la naveta es la historia de una idea a la que el hombre da forma e introduce en sepulcros, templos, casas y palacios para representar su esperanza en la vida eterna y en una existencia feliz en tierras fantásticas. La naveta se gestó en un mundo que convivía con naturalidad con los mitos, y fue durante siglos signo sensible de mensajes espirituales. Acompañó al hombre en su infancia, su madurez y su muerte, estuvo junto a él en sus oraciones, vivió cerca de sus dioses, se integró en su vida cotidiana y finalmente, en el interior de su tumba, junto a su cuerpo, representó el último viaje de su alma.

Por otra parte, la fascinación del hombre por las miniaturas responde a su necesidad de sentirse dueño de una realidad que de otro modo sería inabarcable. La naveta era expresión de una naturaleza espiritual que el hombre anhelaba controlar.

La nave como símbolo se inspira en dos imágenes antiguas: la creencia en un paraíso-isla, y el mito del viaje del Sol, la historia del dios dorado que un día tras otro se desplaza por el cielo hasta desaparecer en el Oeste, sin cansarse jamás de la repetición de este juego que ilumina el mundo.

La imagen de la nave solar surge en el Antiguo Egipto durante el Imperio Antiguo (ca. 2700 y 2200 a. C.), dentro de la teología solar, se consolida como la imagen más importante de la metáfora náutica egipcia, y se ramifica en un juego de ricas y variadas combinaciones: la nave de la Luna, la nave del día y de noche, la nave del alma, y las naves de los dioses. En los *Textos de las Pirámides*, del Imperio Antiguo, y en el *Libro de los Dos Caminos* y los *Textos de los Sarcófagos* en el Imperio Medio, aparecen una y otra vez las naves del dios Sol, las naves de otros dioses y la nave del alma. Es decir, la nave espiritual estaba ya presente en los textos más antiguos de la religión egipcia, en torno al año 2500 a.C.

A partir de estos libros otros documentos vuelven a la imagen de la nave espiritual y la enriquecen con nuevos significados: el *Libro del Amduat*, también durante el Imperio Medio, el *Libro de las Puertas*, el *Libro de la Vaca del Cielo* (1353 a 1336 a.C.), el *Libro de la Noche*, a principios de la Dinastía XIX (1295 a 1186 a.C.) y el *Libro de los Muertos*, que en el siglo VI a.C. recopila textos de épocas anteriores.

La imagen del dios-barco surge en el arte mesopotámico a principios del tercer milenio, y reaparece en el período acadio (2340-2180 a.C.). En esta época se modela una cantidad importante de sellos-cilindro con imágenes de naves sagradas, a veces relacionadas con el Árbol de la Vida, con altares, dioses y sacerdotes en su interior.

En la civilización minoica, cultura prehelénica desarrollada en la isla de Creta entre los años 3000 y 1400 a.C., ciertas creencias relacionan diosas, naves, altares, santuarios y árboles sagrados, a juzgar por los grabados en tres anillos de metal de la época. La presencia de una naveta en manos de un oferente en las pinturas que cubren el sarcófago de Hagia Triada confirma la creencia en la nave espiritual en época micénica, entre los años 1600 y 1100 a.C.

Mientras el simbolismo de la nave triunfa en Egipto, Mesopotamia y Creta, ideas similares se desarrollan lejos de allí, en tierras del Norte de Europa. Una arqueada línea de oro, incrustada en el Disco Celeste de Nebra (1600 a.C.), podría representar el barco solar que flota en la bóveda del cielo. Y en rocas escandinavas, especialmente en el oeste de Suecia, fueron grabadas a partir del siglo XVI a.C. imágenes de naves junto a otros objetos de culto y símbolos solares. La diferencia con las imágenes egipcias está en que las escandinavas parecen hablar, no tanto del viaje diario del sol, sino de la llegada de la primavera. El barco representa la felicidad que siente el pueblo por el renacimiento cíclico de la Naturaleza.

También ciertos textos mitológicos confirman la antigüedad de la nave simbólica en países del Lejano Oriente. La mitología japonesa habla de

navegaciones de dioses, y de una enigmática divinidad-nave que descendió del cielo.

En definitiva, textos, pinturas, anillos, grabados en roca y navetas, revelan la antigüedad del simbolismo de la nave en pueblos a veces distanciados entre sí. Esto nos lleva a pensar que la nave simbólica nació de forma espontánea en respuesta a una necesidad espiritual común a hombres de diferentes lugares del planeta.

La persistencia del símbolo

La nave como símbolo tuvo una larga vida en el patrimonio religioso de todas estas culturas. No decayó la mención de naves en textos religiosos egipcios y tampoco la presencia de navetas en las sepulturas del país. Las navetas mesopotámicas cubren el largo espacio comprendido entre el año 3500 a.C. y el siglo III a.C. La nave simbólica se mantuvo en Escandinavia durante más de seis siglos, siendo finalmente enarbolada como emblema por el pueblo vikingo. Las navetas sasánidas, con su sólido bagaje espiritual, retomaban una tradición iraní de siglos de antigüedad y con el tiempo serían adoptadas por el arte islámico. Y en India, China y Japón ciertos documentos y objetos permiten seguir la pista de la nave simbólica desde el II milenio a.C. hasta el siglo XV d.C.

El origen de las navetas

Existen navetas mesopotámicas desde el 3500 a.C., y egipcias desde el año 3000 a.C. En santuarios minoicos se depositaron navetas votivas entre los años 3000 y 1400 a.C. Chipre ofrece una larga tradición desde mediados de la Edad de Bronce, en torno al año 2000 a.C., en adelante. Y en India se han encontrado navetas del tercer milenio a.C.

Los *kovshi*, navetas de moda en la Rusia del siglo X, ya existían en los montes Urales en torno al año 2000 a.C., y en rocas escandinavas se grabaron, en el siglo XVI a.C., imágenes de navetas llevadas por hombres. La naveta de Caergwrle, hallada en Gales, ha sido datada entre 1500 y 1350 a.C. Las cien navecillas encontradas en Nors, Dinamarca, probablemente

pertenezcan a la Temprana Edad de Bronce Nórdica, en torno al año 1300 a.C... Por todo ello podemos decir que el origen de las navetas es más o menos parejo a los primeros indicios de naves simbólicas.

Funciones

Las navetas nacieron como respuesta a una necesidad religiosa. Por esta razón son frecuentes las navetas halladas en lugares de enterramiento, santuarios y templos.

Las navetas también se usaron en el interior de las viviendas, como objetos decorativos, lámparas o recipientes de mesa. Algunas navetas domésticas se convertían en funerarias con la muerte de sus dueños, o eran depositadas en lugares sagrados como objetos votivos.

En algunos momentos de su historia la naveta sorprende con nuevas y originales funciones, por ejemplo las navetas autómatas islámicas y chinas, las navetas en lo alto de minaretes, las alarmas de incienso, los tinteros, las macetas en lagos sagrados... Pero en realidad todas estas funciones se resumen en naveta- recipiente y naveta decorativa, conmemorativa y/o simbólica.

La combinación de las dos vertientes, pagana y religiosa, caracterizó la historia de la naveta antigua y medieval. Se aceptaba que las navetas de templos e iglesias y las navetas de palacio formaban parte de la misma familia y que por ello, llegado el caso, podían desempeñar las mismas funciones. De ahí que algunas navetas con pasados domésticos fueran adaptadas a usos eclesiásticos, como recipientes de incienso o reliquias.

Esta mezcla casi natural de navetas religiosas y profanas durante la Edad Media tiene que ver con la costumbre de transponer conceptos y prácticas de la Iglesia a la corte, costumbre que reforzaba la autoridad del rey al envolver su vida de un halo religioso y ceremonias similares a las litúrgicas.

El origen de la naveta de incienso

No es posible precisar el origen de la naveta de incienso, pero gracias a ciertos hallazgos arqueológicos y literarios sabemos que, en contra de la opinión de algunos autores, la vinculación entre naveta e incienso y perfumes existía mucho antes del siglo XIII d.C.:

En el Antiguo Egipto y en el pueblo etrusco se usaron navetas-incensario y recipientes de incienso con forma de navecilla.

En el siglo V d.C. el comentarista Buddaghosa, al describir una ofrenda de limosnas que se celebró en la corte de un antiguo reino indio, en el siglo VI a.C., menciona ocho o diez navetas de oro con perfumes y lirios de agua.

En los primeros siglos de la Era Cristiana, Egipto fabricó en metal navetas sobre patas que fueron usadas como incensarios o quemaperfumes.

Una naveta de incienso podría estar representada en una estampa de peregrino bizantina, del siglo VI d.C.

A principios del siglo IX fue utilizada una naveta de plata como recipiente de incienso y aromas durante la celebración de una boda importante en la corte del califa abasí de Bagdad, según información recogida en el siglo XI.

En el Tesoro de San Marcos de Venecia se conservan dos piezas, una de vidrio, islámica, del siglo IX o X d.C., y otra de esteatita y metal, del siglo XII, bizantina, que también pudieron servir como recipientes de incienso.

Las navetas, la nave simbólica y las relaciones culturales

En la historia de la naveta y la nave simbólica llama la atención la coincidencia de ideas y objetos entre países y culturas en ocasiones alejados entre sí, sin un vínculo cultural aparente que pueda explicar tal coincidencia.

En la mayoría de los casos esto se debe a que tanto la idea como el objeto, como he dicho anteriormente, responden a una necesidad común a hombres de pueblos diferentes. Es decir, el nacimiento más o menos simultáneo, en lugares diferentes, de fantasías y objetos relacionados con la nave simbólica no tiene necesariamente que justificarse a través de una red de influencias. Más bien parecen brotes espontáneos de creencias que tratan de calmar la desesperanza del hombre frente a la idea de la muerte.

Estas coincidencias también se explican si tenemos en cuenta que la metáfora náutica, por ejemplo la imagen de la nave de la vida, tiene tal carga expresiva y puede resultar tan familiar y fácilmente entendida por todos, que resulta atractiva a diferentes teólogos y maestros de la fe a la hora de comunicar sus enseñanzas.

Pero en otros casos las relaciones culturales son más evidentes, y ello nos permite aventurar ciertas teorías de influencias.

Por ejemplo se conocen los contactos comerciales y artísticos que existían entre Egipto y el Mediterráneo oriental, especialmente Grecia, Anatolia y Chipre, antes de las conquistas de Alejandro Magno en el siglo IV a.C. Objetos de cerámica, pintura, escultura, joyas y recipientes viajaban de un lugar a otro hasta contagiarse de perfiles casi idénticos mientras Herodoto alababa y difundía los logros de los egipcios, y escribía que los dioses griegos habían nacido en Egipto.

Algunos autores piensan que Grecia creía en los ríos celestiales por influencia egipcia, y que la figura del barquero que traslada a las almas al Más Allá también viajó de Egipto a Grecia. No son teorías que puedan ser comprobadas, pero tampoco carecen de lógica.

Por otra parte existe una influencia clara entre la cultura de los Campos de Urnas, que se extendió por buena parte de Europa a principios de la Edad de Hierro, y la cultura de Villanova, instalada en el norte de la Península Ibérica. Ambas culturas tuvieron en común la creencia en una particular combinación de naves simbólicas y animales míticos, sobre todo aves solares, combinación que influyó en las navetas de Villanova y en algunas figuras de metal de la Campania itálica, del siglo VIII a.C.

Es posible que estas influencias calaran en la cultura etrusca, y que navetas etruscas y griegas influyeran sobre el arte romano. De hecho cierto tipo de navetas romanas, aquéllas que reproducen en miniatura naves de guerra, son muy similares a las griegas.

También existe una relación evidente entre la metáfora náutica grecolatina y la cristiana, y entre navetas de un mundo y de otro, una relación natural si tenemos en cuenta que el Imperio romano fue el escenario de los primeros siglos de vida del Cristianismo, y que la Iglesia asimiló y conservó la cultura clásica porque de esta manera, a través del uso de imágenes que resultaban familiares al pueblo, facilitaba la comprensión del mensaje cristiano y daba cohesión en las épocas convulsas que amenazaban la unidad del Imperio.

De hecho la idea de la Nave de la Iglesia nace en la cultura antigua, como resultado de combinar la Nave del Estado grecolatina y los relatos y poemas sobre islas paradisíacas y dioses protectores de la navegación. La metáfora náutica cristiana también se dejó influir por ciertos aspectos de la religión judía y tuvo en cuenta pasajes del Antiguo Testamento en los que parecía prefigurada la Nave de la Iglesia.

La llegada del Cristianismo no supuso un cambio en la tradición de navetas. Éstas mantuvieron sus formas y funciones, a veces incluso su decoración pagana como en el caso de las navetas isíacas, la navecilla de metal dedicada a Hércules niño, las naves con decoración de faunos y un grupo de navecillas de terracota fabricadas en Egipto entre el siglo I y el siglo IV d.C., con imágenes de Harpócrates y otros dioses del país. Tal es la similitud entre navetas cristianas y paganas de provincias del Imperio que no es posible discernir la intención religiosa de algunas de ellas.

Además de convivir con navetas de decoración pagana, el Cristianismo adaptó el modelo a sus propios intereses e ideas, las mismas que llevaron a los primeros cristianos a representar faros y naves en piedras sepulcrales, gemas y lámparas.

En lo que respecta a las navetas bizantinas, se percibe en ellas una mezcla de influencias: la huella de las navetas paganas grecorromanas y de las navetas sasánidas e islámicas, todo ello bajo la directriz de la simbología cristiana.

También es posible que la relación entre navetas bizantinas y navetas sasánidas e islámicas se produjera a la inversa. Por ejemplo la naveta de ágata y oro que, invertida, conforma el pie del Santo Grial de Valencia, salió de un taller árabe entre el siglo X y el siglo XII d.C., tal vez bajo la influencia de navetas similares de Bizancio, ovaladas y talladas en piedras duras.

De hecho, son tan parecidas algunas navetas bizantinas y navetas sasánidas e islámicas, especialmente en el grupo de navetas polilobuladas, que una naveta en el Tesoro de Saint Denis, París, con cuerpo del siglo VIII y montura del siglo X o siglo XI d.C., y la naveta de esteatita y metal del Tesoro de San Marcos de Venecia, con cuerpo del siglo XII y montura del siglo XIV, tradicionalmente descritas como objetos bizantinos, son definidas por Melikian-Chirvani como “posiblemente iraníes”.

A su vez la historia de las navetas del arte islámico no puede ser contemplada de forma aislada sino en relación con influencias del mundo antiguo. Al fin y al cabo la cultura islámica deriva de la cultura mesopotámica, siria e iraní, y una combinación entre el lenguaje sasánida y el bizantino.

Las navetas sasánidas tuvieron un peso importante en la orfebrería y persistieron en la tradición árabe incluso después de la derrota sasánida frente al Islam. La orfebrería sasánida, que derivaba de influencias del Mediterráneo oriental y Asia Central, había conseguido un estilo propio con objetos vinculados a la realeza como símbolos de poder. Fue el caso de las navetas. Éstas y otros objetos sasánidas viajaron hasta China, India y Asia Central, por ejemplo llegaron a Bactria y la Sogdiana, gracias en parte a que los objetos eran intercambiados entre altos mandatarios en ceremonias importantes. También algunas de estas navetas fueron adoptadas por los cristianos. De hecho se conocen algunos *kashti* con cruces cristianas grabadas en el fondo.

Finalmente, es probable que las navetas autómatas ideadas por inventores islámicos en el siglo IX y en el siglo XIII, que a su vez bebían de una larga

tradición de sabios babilonios, indios, chinos, persas y griegos, tuvieran algo que ver con las elaboradas navetas de las cortes europeas medievales, pues es conocida la acogida en Europa de los avances tecnológicos del Islam. Pero no existe ningún escrito que confirme esta relación entre unas navetas y otras.

La naveta en la Baja Edad Media

Aunque se conservan valiosas navetas-relicario y de incienso de los siglos XIV y XV, en esta época parecen tener mayor protagonismo las naves de banquete, a juzgar por inventarios, testamentos, imágenes de manuscritos y crónicas de la época.

El banquete medieval era un instrumento para exhibir riqueza y ganar autoridad en una época en la que el hombre era sobre todo la concepción que los otros tenían de él. Su presencia en la sociedad dependía en gran medida de la representación que supiera y pudiera hacer de sí mismo, y el banquete era un planificado acto teatral que servía a este propósito. En un espacio escalonado sometido a las relaciones jerárquicas entre comensales, brillaban las piezas de vajilla que, con sus valiosos materiales y formas complejas, impresionaban y despertaban admiración. Especialmente las navetas, tanto por su tamaño, peso y material y por sus formas bellas y fantasiosas como por el valor simbólico que se les atribuía. Las navetas realizaban la figura del príncipe de cara a sus súbditos, remarcaban el poder y la riqueza del señor de la casa, y por ello eran apreciadas como símbolo de poder en las principales cortes europeas durante los siglos XIV y XV.

Por otra parte, debido a su semejanza con las naves de capilla, las navetas de banquete contribuían al proceso de sacralización del banquete cortesano, reforzando el carácter litúrgico de un ceremonial cuyo objetivo era presentar al príncipe como un dios en la tierra.

Las navetas de palacio fueron elaboradas en oro, plata, vidrio, cristal de roca, piedras preciosas y esmaltes, y adaptadas a funciones diferentes. Unas

eran recipientes en las que se guardaban otras piezas de vajilla, otras servían de salero o bien eran objetos sólo decorativos.

En general, las naves de incienso eran más sencillas en formas, tamaño y decoración que las naves de banquete, seguramente para que pudieran adaptarse mejor a su función y someterse al protagonismo del incensario en la liturgia.

En lo que se refiere a la estructura y ornamentación, las navetas siguen la tendencia general de la orfebrería de la época. Así, predomina la imitación de elementos arquitectónicos góticos, especialmente en el soporte y los castillos de proa y popa, y se incorporan formas escultóricas, en relieve o bulto redondo, complejas y variadas. El detallismo de las escenas que el orfebre representa en el interior de las naves o alrededor de ellas no se alcanza en ninguna otra pieza de vajilla, a excepción de las fuentes de mesa. Son comunes los temas marítimos y las figuras mitológicas, pero también se reproducen con frecuencia escenas de guerreros y otras inspiradas en la vida cotidiana, según una tendencia que se introduce en la orfebrería a mediados del siglo XIV.

La importancia de la naveta

En el Antiguo Egipto las navetas representaban el sueño de la nave de luz que viaja entre las islas del cielo, una nave que pilotan dioses y estrellas entre campos infinitos. Por esta razón tuvieron un peso tan revelante en el arte egipcio. La naveta significaba la salvación, la alegría de vencer cada noche las tinieblas que amenazaban el mundo. En ella el alma estaba protegida, en ella descansaba y gracias a ella alcanzaba el lugar que le correspondía entre los dioses. Por supuesto las navetas se beneficiaron de la moda egipcia de tallar objetos en miniatura. Pero incluso cuando esta costumbre comenzó a decaer se mantuvo la costumbre de depositar navetas en las tumbas.

Precisamente en Egipto nacieron las navetas portátiles, cofres sagrados con forma de barcos en miniatura o altares para dioses que eran llevados sobre

los hombros de los sacerdotes, un tipo de navetas que ilustra la relevancia de la nave en miniatura en la religión y el arte. Tan importantes eran estas navetas que en algunos templos se reservó una sala para su custodia, el Santuario de la Nave o Sala de la Barca, y las procesiones y ceremonias que se celebraban en torno a ellos fueron representadas en los muros de los templos.

El uso de la naveta-altar y cofre sagrado se prolongó durante muchos siglos en Egipto, pues se sabe que una estatua de Amón era adorada en el templo de Siwa sobre una naveta de oro en el siglo IV a.C. El detalle les debió parecer interesante a Diodoro Sículo y a Quinto Curcio, pues introdujeron esta descripción en sus registros históricos.

Ciertas leyendas y relieves del templo de Amravati demuestran que la India conocía las navetas sagradas con función de cofre. En estos casos se habla de una naveta de oro que contenía las reliquias de Buda. Una vez más la importancia del contenido da idea del papel importante del recipiente.

Otros relatos indios sobre navetas-altar –la naveta de la diosa Pattini, las navetas de joyas y metales preciosos con estatuas de Buda en lagos con flores...- confirman que la naveta estaba presente como objeto sagrado en la religión y culturas de diferentes pueblos, antes y después del nacimiento de Cristo.

El Arca de la Alianza de los israelitas también pudo tener forma de barco en miniatura. Algunas teorías lingüísticas apuntan a esta posibilidad, así como un relato del siglo V d.C. y una pintura del siglo XIV.

Un objeto similar a las navetas portátiles egipcias es el *mifunashiro* japonés, una naveta en la que se colocaba el Espejo Sagrado de la diosa Amaterasu, aquél que hizo que volviera a lucir el sol en la Tierra. El origen de esta nave solar en miniatura que se custodia en el Gran Santuario de Ise podría estar en el siglo V d.C. También se sabe que la naveta era usada en ritos de iniciación entre el siglo IX y el siglo X d.C., y que era reconstruida cada cierto tiempo y en diferentes versiones (unas eran enviadas al Gran

Santuario y otras al Santuario Watarai). El *mifunashiro* era suficientemente importante en la religión japonesa como para que un tratado del siglo X, en el que se describe el objeto como “cofre sagrado en forma de barco en el que son guardados los símbolos divinos”, describiera las normas de su construcción y sus medidas, y se celebraran festivales cada cierto tiempo “para la Construcción de los Augustos Cofres en forma de barco”.

A continuación recuerdo otros testimonios literarios y arqueológicos que confirman el papel relevante de la naveta en la historia:

-ciertos sellos-amuleto de Mohenjo-Daro, del tercer milenio a.C., que revelan que la naveta era un objeto mágico importante o el recipiente ritual de algún líquido sagrado, pues aparece representada frente a un ser mitológico parecido a un unicornio, seguramente un animal mágico o la representación de algún dios

-la naveta pintada sobre el sarcófago de Hagia Triada entre los años 1600 y 1100 a.C. Destaca por su tamaño y por ser el primer objeto de un desfile de ofrendas

-la producción de navetas en el arte sardo, naves en miniatura con figuras de animales sagrados datadas entre el siglo XIII y el siglo VI a.C. que seguramente sirvieron no sólo como objeto religioso sino también como símbolo de estatus y poder. La gran cantidad de piezas halladas, al menos 300 en uno de los santuarios, hablan de la importancia del objeto

-la naveta de bronce del siglo II o siglo I a.C. hallada en la isla de Flores, en Indonesia. Era costumbre organizar bailes a su alrededor y entregar ofrendas frente a ella

-el mito hindú sobre la diosa Pattini, que surcó el río en una naveta. Aquí la naveta cumple el papel de cofre sagrado y cuna de dioses que tuvieron también las navetas portátiles de Egipto

-mitos, leyendas y cuentos populares hablan de la naveta como vehículo de dioses diminutos, hombrecillos mágicos, regalo de duendes y, en un cuento popular de Japón, de la naveta como talismán de la felicidad de un niño y recuerdo del mundo de las hadas

-la leyenda sobre la dorada naveta de las reliquias de Buda, que cuenta cómo la pagoda de Ranggon se construyó en torno a este barco diminuto

-en algún lugar del Más Allá los dioses beben el “excelente Amrta”, trocitos de Luna que flotan en el aire a bordo de barcos diminutos de joyas y gemas. Así se describe en un relato del *Brahamanda Purana* entre los años 300 y 500 d.C. que habla del néctar de la inmortalidad

-la navecillas de jade mencionadas en la obra *Biografías de los Inmortales*, del filósofo Ge Hong chino (283-343 d.C), y en un tratado taoísta del siglo XI, pues son presentadas como recipientes del elixir de la inmortalidad. Tanto en el *Brahamanda Purana* como en estos dos documentos se elige la naveta como recipiente del líquido más soñado por la humanidad, posiblemente porque los autores eran conscientes de la belleza material de la naveta en su mundo, y también de su significado espiritual y simbólico

-la naveta de bronce que existió en algún lugar del Imperio Romano de Oriente entre finales del siglo V y principios del siglo VI, símbolo mágico de la fortuna comercial de la ciudad según testimonio de un historiador bizantino del siglo XII

-ciertos versos de Paulus Silentarius (siglo VI d.C.) sobre Santa Sofía de Constantinopla demuestran que en la cultura bizantina la naveta representaba la navegación del alma hacia Dios a través del mar de la luz

-navetas que se usaban en ocasiones solemnes e importantes festividades de corte. Por ejemplo la navecilla de plata y cuerdas de sedas que perfumaba la sala en la que se celebró el banquete entre la hija del califa y un famoso científico, a principios del siglo IX en la corte abasí de Bagdad

-la poesía persa entre los siglos X y XV, que explica con alegorías el valor material y simbólico que las navetas tenían en la corte del rey. Unsuri, Ghazayiri Razi y Suzani, entre el siglo X y el XII, sobre todo Khāqāni en el siglo XII, y poetas contemporáneos de Khāqāni, como Khwaje Asir od-Din Akhsikati y Qormi Amoli, así como ciertos poetas sufí de los siglos XIV y XV, hablan de la naveta de los banquetes de corte, no como simples recipientes de vino, sino como imágenes de la barca lunar que lleva en su interior el sol líquido, la luz del amanecer.

De sus versos también se deduce que la naveta era un símbolo del gobernador, siempre en las manos del rey, junto al trono o en las manos del *copero* que se acerca al rey, y que su origen se remonta a ciertas ceremonias antiguas de magos zoroastrianos. De hecho uno de los poemas alude a la práctica zoroastriana de fabricar bandejas específicas para las navetas. Este dato, y el hecho de que existiera un encargado del *Rekab*, también hablan de la importancia del objeto

-la decoración de ciertas navetas árabes, que expresa la vinculación entre la nave, la realeza y lo sagrado. “El monarca bebe de la naveta porque ésta es la fuente del sol”, parecen decirnos ciertas navecillas que, decoradas con rostros humanos con corona, alas de ángeles y otras creaciones divinas, pudieron formar parte de ceremonias de coronación.

Hablan de la importancia simbólica del objeto las navetas árabes colocadas en lo alto de los minaretes, zonas elevadas de las mezquitas. Es el caso de la naveta sobre el alminar de Ibn Tulun en el año 870, y que en el siglo XIII fue sustituida por una pieza similar que permaneció iluminada al menos durante los siglos XIV y XV. También contamos con la naveta en la cima del mausoleo del imán Shafī’i (767-820), construida en la Ciudad de los Muertos de El Cairo en el año 1211 (en el siglo XIV un historiador, al-Maqrizi, escribe unos versos sobre el simbolismo de esta naveta), y la naveta en la cúpula del mausoleo de Barquq, ahora en el Museo Islámico del Cairo.

Otra prueba de la importancia de la naveta en la historia es el hecho de que fuera un regalo preciado entre reyes, príncipes y embajadores. Ya Plutarco

habla de una naveta recubierta de oro que Ciro el Persa entregó a Lisandro, el líder espartano. En la corte japonesa del siglo XIII un soberano entregó a otro un barquito de plata... Este tipo de noticias son frecuentes en la Europa de la Baja Edad Media: príncipes que intercambian navetas en ocasiones solemnes, reyes que agasajan con navecillas valiosas a sus invitados para impresionarles, navetas entregadas por las ciudades a sus soberanos como signo de su lealtad...

Es interesante también que ciertos documentos medievales incluyan la posibilidad de que el Santo Grial tuviera forma de barco en miniatura, pues adjudicar forma de naveta a este objeto legendario, el más importante de la literatura medieval, da una idea de la importancia de la naveta en la Edad Media. Recordemos que Jaime II (1267-1327) compró una naveta de ágata - fechada entre el siglo X y el siglo XII- en un taller cordobés o fatimita porque había oído decir que había sido usada por Jesús en la Última Cena. Más tarde la naveta fue unida a una copa antigua. La tradición siempre dijo que este conjunto, que hoy se encuentra en la Catedral de Valencia, es el Santo Grial, tal vez por la leyenda que ya arrastraba la naveta del pie en torno a su origen.

Y recordemos también que en el año 1379, en la traducción al italiano de la *Historia del Santo Grial* escrita por Robert de Boron, para hablar del Santo Grial, Pietro Delfino escogió el significado de “nave” donde el francés decía “recipiente”. Es decir, Pietro Delfino asume en su traducción que el Santo Grial era una naveta. Finalmente dos miniaturas de un *Tristán de Léonois* de principios del siglo XV, francés, representan el Santo Grial con forma de navecilla.

La Baja Edad Media ofrece otros datos sobre la importancia que llegó a alcanzar la naveta. Por ejemplo, el hecho de que algunas de ellas tuvieran nombres propios y estuches valiosos, su profusión en ciertos inventarios, los materiales destinados a su elaboración, el tamaño y peso de las navetas en relación a otros objetos de vajilla, el hecho de que pudieran desempeñar funciones diferentes y que algunas de ellas fueran sólo decorativas o simbólicas. Por otra parte, ciertos documentos atestiguan que reyes y nobles

tenían por costumbre viajar con sus navetas, hecho que también demuestra el valor que se daba a estas piezas.

Es significativo que algunas navetas fueran conseguidas y conservadas como botines de guerra. Renaud de Montauban, según el famoso *roman*, “conquistó” en Roma una gran nave de orfebrería. Y Carlos el Temerario, duque de Borgoña, tras ganar a Luis XI en la batalla de Montlhéry, se llevó consigo la naveta de la casa ducal como trofeo. Así era descrita en los inventarios de los duques de Borgoña, como la “nave ganada en Montlhéry”. La pieza pasó de generación en generación como recuerdo de aquella victoria.

Crónicas y miniaturas de la época demuestran el protagonismo de la naveta en el ceremonial de palacio, en los aparadores de piezas de lujo y en la mesa del banquete próxima al soberano. La naveta era un signo de identidad del príncipe en la exposición ceremonial de su vida política, posiblemente porque representaba una idea madurada durante siglos de fe, arte y tradición, la idea de que el barco era una imagen de poder y espiritualidad. Con este pasado cargado de simbolismo las navetas de palacio ganaron un lugar destacado en el sistema de gestos, rituales, brillos y colores con el que se pretendía fijar la imagen del príncipe en la memoria colectiva, hacer propaganda de una idea o exhibir la riqueza de todo un reino.

